

# CALIBAN TRANSFRONTERIZADO

Tomás Ramos Rodríguez, *in memoriam*

En el inicio del célebre ensayo *Caliban* (1971), de Roberto Fernández Retamar, un periodista con “visible nostalgia colonialista” le pregunta al poeta cubano si “una cultura latinoamericana” existe. Esta pregunta generó toda una reflexión acerca de si: “¿Existen ustedes?” Esta negación de la cultura latinoamericana inicia el debate de la interpretación, a propósito de Cuba, de la obra de Shakespeare, *The Tempest* [*La Tempestad*] de 1610-1611.<sup>1</sup> Este texto del intelectual cubano ha circulado mundialmente, siendo arropado por las diferentes sociedades de los países subdesarrollados, que sufrieron los efectos del colonialismo, la esclavitud y también la Conquista.

Al abordar la problemática chicana desde la mirada de Caliban, podemos esperar lo mismo de parte de un pueblo que sobrevivió como una colonia interna dentro del proyecto imperialista de Estados Unidos, fungiendo como una *periferia interior*. Durante el siglo XIX, después de la guerra de Independencia, el territorio de la Nueva España pasó a ser la nación mexicana. Con la guerra de México-Estados Unidos, iniciada con la independencia de Texas en 1841 —consolidada en 1843 con el Tratado de Velasco—, el colonialismo estadounidense toma forma; en 1846 arranca la mencionada guerra, llegando a su fin con la derrota de la nación mexicana, que perdió en 1848 más de la mitad de su territorio, conformado por los actuales estados de Texas, California, Arizona, Nevada, Nuevo México y parte de Colorado. Esto dio inicio a una nueva etapa para todos los ciudadanos mexicanos que se encontraban viviendo en ese territorio, pues de un día a otro no cruzaron ellos la frontera, sino que la frontera los cruzó a ellos, llegando hasta donde se encuentra el Río Bravo; pasaron a ser ciudadanos colonizados dentro de su ex-territorio, ciudadanos de *segunda categoría*, dando inicio a la etapa del expansionismo imperial estadounidense que culminaría en 1898 con la intervención en la guerra de independencia cubana contra España, donde el vecino del norte se agenciaría los territorios de Puerto Rico, las Filipinas y Cuba parcialmente, conformándose como un proyecto imperial que consolidaba su etapa global.

Para la calibanización del chicano o la chicanización de Caliban, ha sido necesaria la apropiación del *personaje conceptual* por parte de los mexicano-americanos, que a raíz de la lucha en la década de los sesenta en Estados Unidos, pudieron revertir algunos efectos del colonialismo sobre la comunidad de origen mexicano, apropiándose del término “chicano”, que tenía un profundo sentido racista sobre los mexicanos. Otros términos, como “pocho”, que fueron usados popularmente para denigrar al mexicano-americano, fueron traídos a debate por parte de los escritores que se autodefinirían como chicanos; el primer tratamiento al término “pocho” es cuando José Antonio Villareal escribe y publica *Pocho* (1959), siendo la primera vez que un autor de origen mexicano-americano llevaba esta problemática en la cuestión lingüística, en la oralidad y la manera de operar del contexto social del chicano hacia la literatura y, por lo mismo, hacia un público masivo.<sup>2</sup> Sobre los “latinos” en Estados Unidos, el ensayista Ilan Stavans nos dirá en *La condición hispánica* (1999) que “... dar nombre es adquirir, controlar, poseer...”<sup>3</sup> Podemos ver que quien nombra, domina.

El chicano había sufrido desde el siglo XIX varios procesos de discriminación y racismo, los cuales han sido descritos y desarrollados por muchos autores, como David Maciel con su obra *El bandolero, el pocho y la raza, imágenes cinematográficas del chicano* (1994).<sup>4</sup> En este libro encontramos la evolución del imaginario mexicano cargado de contenidos negativos, tal como lo vivió en el Caribe la imagen del canibal, que fue desarrollada profunda y extensamente por Carlos Jáuregui en la inigualable obra *Canibalia* (2006). Jáuregui nos muestra la conquista semántica por parte del imperialismo sobre sujetos conceptuales para regular los imaginarios sociales donde las personas provenientes de los países subdesarrollados siempre tengan una categoría de salvajes, como sucedió con los indios caribes que fueron traspasados en su peligrosidad canibal a los esclavos africanos que llegaron a América arrancados de sus etnias en África.<sup>5</sup> Estos sujetos caníbales fueron un nuevo centro

<sup>2</sup> José A. Villarreal, *Pocho*, New York, Anchor Books, 1989.

<sup>3</sup> Ilan Stavans, “Hacia la autodefinición”, en *La condición hispánica, Reflexiones sobre cultura e identidad en los Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999, p. 75.

<sup>4</sup> David Maciel, *El bandolero, el pocho y la raza, imágenes cinematográficas del chicano*, Albuquerque, U of New Mexico, 1994; y CONACULTA-Siglo XXI, México, 2000.

<sup>5</sup> Carlos Jáuregui, *Canibalia: Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y*

<sup>1</sup> Cf. Roberto Fernández Retamar, *Todo Caliban*, La Habana, Fondo Cultural del ALBA, 2006, pp. 11-99.

construido para depositar todos los significados demonizantes en el “Nuevo Mundo”, que fue encubierto en lugar de develado, como Enrique Dussel ha mencionado con respecto a la Conquista que dio inicio en 1492. Regiones narradas antes de Colón por Marco Polo son los nuevos territorios “sin nombre”, que pronto adquirieron denominaciones occidentales y cristianas. Es decir, se inventó un “Nuevo Mundo”, porque inventar un mundo nuevo es dotarlo de palabras, inventarle formas, dotarlo de lenguaje.

Figuras emblemáticas, como Roberto Fernández Retamar, se han preocupado por el papel del colonizado frente al colonizador, especialmente sobre los discursos y formas de doblegar mentes emancipadas justificando este acto de deshumanización por el capital. Él se planteó una relectura y reinterpretación histórica en el Caribe con el personaje de Shakespeare, Caliban. Su lectura, ubicada en el siglo XX, sobre Caliban como un *personaje conceptual*, nos sirve para comprender los imaginarios negativos que han sido plantados perversamente sobre los indios y africanos del Caribe para explotarlos; estos indios y africanos también se encontraron en los siglos posteriores a la Conquista en la Nueva España y demás virreinos españoles, pues los pobladores de esta parte del mundo fueron aplastados en esta Conquista en sus territorios nativos, así como en los territorios del Sudoeste estadounidense, donde exploradores como Álvaro Núñez Cabeza de Vaca tuvieron contacto con los indios de la región haciendo *La Relación*, crónica posteriormente conocida como *Naufragios* (1542).

Siguiendo la historia de injusticia, en vez de reconocer la ayuda que los nativos de la Nueva México le dieron al náufrago, los conquistadores desataron batallas como la narrada por el Capitán de la expedición de Juan de Oñate, Gaspar Pérez de Villagrà en su *Historia de la Nueva México* (1610) [el primer poema épico de Estados Unidos y casualmente publicado en el mismo tiempo de *Caliban* de Shakespeare] donde narra las atrocidades hechas a los indios Ácoma por los soldados españoles en 1599, contadas en estilo renacentista, tal como lo fueron las batallas para vencer al fuerte Capoulicán por los soldados españoles en el poema renacentista *La Araucana* (1569-1589) de Alonso de Ercilla.

Esta semiología racista hace posible en su desarrollo la unión de todas las sociedades que sufrieron los efectos de la colonización durante los siglos posteriores. No es hasta el siglo XX cuando estas naciones pudieron continuar con su historia de liberación, cortando de raíz con el imperialismo que sometió y sigue sometiendo a tantas naciones, subdesarrollándolas en generaciones de atraso

con respecto a los países subdesarrollantes. El particular y especial caso de Cuba es un ejemplo digno de cómo los pueblos latinoamericanos y del Caribe pueden ser capaces de regirse por sí mismos y proseguir libremente sin la explotación del capitalismo. La visión de Occidente sobre Oriente y el Nuevo Mundo siempre fue poblar, conquistar y colonizar desde que todo fuera “descubierto”. Este fue el inicio del gran proyecto colonialista de Europa y después Estados Unidos, en todas las regiones que pensaron necesarias para la explotación de los recursos naturales y materias primas. Será el reclamo para imponer la civilización sobre la barbarie, como siglos más adelante hiciera Domingo F. Sarmiento en su célebre *Facundo* (1845) en la Argentina.

El chicano puede encontrarse en “Caliban” de Roberto Fernández Retamar. Su ensayo y los siguientes que continuaron desarrollando las ideas de éste son indispensables para entender la condición chicana de hoy en día. En “Caliban revisitado” (1986), “Calibán en esta hora de nuestra América” (1991), “Caliban quinientos años más tarde” (1992) y “Caliban ante la antropofagia” (1999), hay un gran espectro de reflexiones y pensamientos latinoamericanistas. Pero la pregunta que nos lleva a pensar en los latinoamericanos que también se encuentran en Estados Unidos es: ¿Qué es Latino? ¿Es una categoría preparada para agrupar a una gran cantidad de gente de origen latinoamericano? ¿Es un sitio donde puede crearse otro *personaje conceptual* que tiene que luchar a diario contra la corriente cultural dominante que lo *otrifica* dentro del territorio que fue suyo y del que fue despojado? Esto es también mencionado en el ensayo “Ariel y Calibán: el reencuentro desdoblado de chicanos y mexicanos” (1990), del crítico chicano Enrique Lamadrid, quien nos ubica en cuanto a quien es Caliban y su lugar en el horizonte chicano cuando dice: “Para los chicanos, ya no cabe duda de que su Próspero no es otro que su Tío Sam, implacable padrastro con su Destino Manifiesto (con su mandato divino) de quedarse con el 50.2% del territorio mexicano con las presuntas metas de establecer sus valores civilizadores, la redención moral, ética y sexual, para salvar a los mexicanos de su propia degeneración”.<sup>6</sup>

Es la manera de enfrentarse a Próspero dentro de su casa. Entre otros, en *El colonialismo interno en la narrativa chicana: el Barrio, el Anti-Barrio y el Exterior* (1994), Manuel de Jesús Hernández-Gutiérrez desarrolla todo un panorama en el marco de varias obras fundacionales.<sup>7</sup> Como la mencionada *Pocho*, donde crea un marco que define como un pueblo de origen mexicano-americano quedó delimitado dentro de Estados Unidos en unas

<sup>6</sup> Cf. Enrique Lamadrid, “Ariel y Calibán: el reencuentro desdoblado de chicanos y mexicanos”, *México en la conciencia chicana*, special issue de Revista de Intercambio Académico, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1990, p. 6.

<sup>7</sup> Cf. Manuel de Jesús Hernández-Gutiérrez, *El colonialismo interno en la narrativa chicana: el Barrio, el Anti-Barrio y el Exterior*, Tempe, Bilingual Press, 1994.

fronteras que no pueden verse, pero en las que diariamente viven pisados dentro de nuevas leyes, como la famosa SB1070 de Arizona, que tiene por meta detener y meter a la cárcel a toda persona que haya sido sospechosa de ser migrante ilegal, siendo esta sospecha el simple y llano color moreno en la piel, es decir, cuando eres *brown*.

El Movimiento Chicano cimentó su fuerza en la década de los sesenta cuando se fundó el *Plan de Santa Bárbara* (1969) y el Movimiento Estudiantil Chicano de Aztlán (MEChA) que tuvo por meta fijar un espacio para el estudio del chicanismo en los estudios superiores. Rodolfo “Corky” Gonzales, un líder moral, activista, boxeador y poeta, escribió el poema *Yo soy Joaquín* (1967), que ocupa el lugar fundacional de la lucha del Movimiento Chicano.<sup>8</sup> *Yo soy Joaquín* también fijó en el imaginario político del Sudoeste estadounidense un sitio llamado Aztlán, lugar del cual partieron en grandes grupos las migraciones de las culturas originarias que se asentaron a lo largo del territorio mexicano y latinoamericano. Para los movimientos culturales e identitarios siempre es necesaria la presencia de una voz, mayormente cuando tales movimientos se oponen al gobierno y a la corriente cultural dominante; las voces del artista cumplen la tarea de denunciar lo que medios oficiales callan.

La visión del chicano solo había sido posible como bandolero, pachuco, *zoot suit*, cholo, en las películas de Hollywood. Era un *personaje conceptual* peligroso, asesino, cruel y caníbal, tal como fueron ubicados los caribeños en las tristes películas de Tarzán que Fernández Retamar ha señalado oportunamente en “Caliban”. La *otricación* que ha sufrido el mexicano en Estados Unidos se ha extendido hasta sus hermanos centroamericanos, que también han sido demonizados como caníbales en las *gangas* de Los Ángeles, puesto que la única oportunidad social que el “latino” posee es pertenecer a los barrios, como lo ha descrito en su obra el escritor y ex pandillero Luis J. Rodríguez en *Always Running: La Vida Loca, Gang Days in L.A.* (1993).<sup>9</sup> Sobre esto, Enrique Lamadrid también ha dicho que “la supuesta falta de carácter del mexicano no son más que ofuscaciones de Próspero, una buena muestra de su magia ideológica. Para apaciguar los posibles remordimientos de consciencia, tiene que inventar categorías de otredad y colonización, antes de emprender una conquista”.<sup>10</sup> Sobre la mexicanización y chicanización del caníbal, Lamadrid agrega que: “...al cruzar el Río Bravo, el emigrado, el refugiado económico y político, se obliga a desarraigarse y alterar su cultura, haciéndose todavía “más bárbaro”. El chicano José David Saldívar escribió *The dialectics of Our America* (1991), donde

además de profundizar en el pensamiento de José Martí inaugura la “Escuela de Caliban”, corriente política que entra en su etapa moderna con el ensayo de Roberto Fernández Retamar.

Al ingresar los chicanos a los estudios universitarios, donde estudian español y literatura latinoamericana, entran en contacto con los textos fundacionales de América Latina; porque en Estados Unidos en la educación básica no se enseña nada sobre historia latinoamericana, solamente historia de “Estados Unidos”. Los chicanos y demás minorías de origen latinoamericano crecen dentro de este país sin conocer ni saber quiénes son los héroes nacionales ni la historia de sus respectivos países de origen. Una parte de la lucha chicana es la inclusión de esta historia, para que sea reconocida por la corriente política dominante, porque el país no fue formado nada más por angloamericanos. En el caso del Sudoeste, los mexicanos estaban ahí antes de que Estados Unidos fuera lo que hoy es; los habitantes fueron colonizados y despojados de sus tierras, casas y demás propiedades, además de que se les impuso una lengua que no era la suya. Este hecho no detuvo a esta población, pues nunca se ha detenido el uso del español; en varias obras de especialistas podemos ver hoy en día como durante el siglo XIX e inicios del XX hubo una alta producción en español en la prensa, que estuvo al tanto de los sucesos en el resto del mundo y distribuyó esta información en el sudoeste, como lo fue la guerra de Cuba contra España en 1898, además de las dos Guerras Mundiales, donde los mexicanos fueron engullidos como carne de cañón, tanto como mano de obra para las fábricas que produjeron armas y alimentos, como para las trincheras. Hay que mencionar que, décadas más adelante, fue también muy importante la Revolución Cubana de 1959 para el Movimiento Chicano, que inspiró a los líderes chicanos que iniciaron la lucha.

Richard Rodríguez es un autor estadounidense de origen mexicano que dice en las primeras líneas de su autobiografía *Hunger for Memory* (1982): “He tomado el consejo de Caliban. Les he robado sus libros. Tendré algún control sobre esta isla”.<sup>11</sup> Rodríguez es un ejemplo de un mexicano-americano asimilado, con una educación religiosa y una educación de élite. Él obtuvo becas para estudiar en Stanford, en Columbia y en la Universidad de California en Berkeley, donde a través de su disertación doctoral pudo hacer una estancia en Londres para consultar los libros necesarios para consolidar su investigación sobre el Renacimiento Inglés. Rodríguez “emplea” el discurso que “roba”, se considera un mexicano que creció en Estados Unidos con “desventaja social”, pues él se avergonzaba de sus padres por ser mexicanos y “prietos”, recuerda cuando su madre le decía que no se parara en el

<sup>8</sup> Cf. Rodolfo “Corky” Gonzales, “Yo soy Joaquín”, *Message to Aztlán. Selected Writings*. Introducción por Antonio Esquibel, Houston, Arte Público Press, 2001.

<sup>9</sup> Cf. Luis J. Rodríguez, *Always Running: La Vida Loca, Gang Days in L.A.*, Willimantic, Curbstone Press, 1993.

<sup>10</sup> Cf. Enrique Lamadrid, *Op. cit.* p. 7.

<sup>11</sup> Richard Rodríguez, *Hunger for Memory: The Education of Richard Rodríguez: an Autobiography*, Boston, Mass., Godine, 1982.

sol para no quedar más moreno, la cuestión del color de la piel fue importante para él; con su familia crece en un barrio de población blanca.

En 1965 surge El Teatro Campesino (ETC) de Luis Valdez, director, actor y escritor que se consolida cuando lleva este teatro a todos los campos donde los trabajadores que no sabían leer ni escribir usaron sus obras para educarse y defender sus derechos frente a sus contratistas. También surgieron escritores y poetas, así como revistas que circulan publicando lo que el chicano necesitaba saber de su pueblo y su cultura originaria; surgen premios literarios como el Premio Quinto Sol, que empieza a editar los libros de los escritores chicanos ganadores, surgiendo toda una generación de escritores que empiezan a ser leídos y reconocidos. Esta es la generación surgida con el movimiento que le da voz al pueblo chicano. Posteriormente, la frontera aparecería como tema principal en la migración y la chicanidad, la frontera será el nuevo “centro” donde se desarrollará la experiencia chicana en la década de los noventa, siendo retratada por Ricardo Aguilar Melantzón; *Que es un soplo la vida* (2000) es una trilogía que contiene las obras *Madreselvas en flor* (1987), *Aurelia* (1990) y *A Barlovento* (1999).<sup>12</sup>

A finales de los ochenta surge la Chicana como figura relevante en el movimiento. La mujer había tenido participación en el activismo y el arte, pero su presencia había sido mínima. Hasta ese momento no había surgido una generación de mujeres escritoras, apareciendo éstas cuando se publican dos obras que impactan el discurso feminista de las minorías estadounidenses: Cherrie Moraga y Ana Castillo publican *This Bridge Called My Back* (1986), y por su parte Gloria Anzaldúa publica la obra culminante *La Chicana Borderlands / La Frontera, The New Mestiza* (1987), donde la mujer chicana encuentra un lugar central y una voz firme en el chicanismo.<sup>13</sup> Esta ola refrescante de letras y voces femeninas le ha dado a la voz chicana la consolidación como literatura madura y en movimiento a media década de iniciada.

De acuerdo con el término *transculturación*, acuñado por el antropólogo cubano Fernando Ortiz, tenemos el paso de los valores culturales de una cultura dominante sobre la cultura dominada, pero por otro lado, tenemos el caso donde la cultura dominada termina alimentando la cultura que domina. Ángel Rama, el crítico uruguayo, traspasó la transculturación al análisis literario en el artículo “Los procesos de transculturación en la narrativa latinoamericana” (1974).<sup>14</sup> Sin embargo, ahora nos

enfrentamos a nuevos paradigmas en el plano discursivo cuando nos enfrentamos al arte post-moderno de Guillermo Gómez Peña; poemas, óperas, performances, instalaciones, crucifixiones, manifiestos, mutilaciones y reinscripciones de las agencias de poder entre el colonizador y el colonizado dentro de una prerrogativa post-colonial. Este marco ha hecho que hoy lleguemos a un Caliban chicanizado, que va desde México hacia Estados Unidos y que históricamente ha sido un personaje colonizado que ha aprendido el lenguaje de Próspero/Tío Sam, para emanciparse culturalmente de los Arieles que colaboran con su colonización. También los Calibanes chicanos y transfronterizados viven dentro de la casa de Próspero, ellos se encontraban ahí desde antes que el mago declarara el *Sudoeste como su isla*.

El Sudoeste estadounidense también es parte de Nuestra América, su población es parte de las culturas originarias de América Latina, que como Puerto Rico siguen viviendo una colonización. Puerto Rico es una *colonia exterior* mientras que el Sudoeste es una *periferia interior*. El chicano-caribe-caníbal se reivindica desde su mestizaje autodefiniéndose desde los aspectos étnicos, sociales, políticos y culturales. El caníbal, el antropófago, el bandolero, el cholo y el pandillero, finalmente le dan una salida a esta condición de desarraigo. Recuerdo el otoño de 2007 cuando llegó a mis manos una copia de Caliban de la mano del Dr. Spencer Herrera en mi estancia en Nuevo México, donde pude re-leer a Roberto Fernández Retamar en su aguda prosa enunciando lo que Caliban significaba para Cuba, para los hombres que se habían decidido a construir un mundo nuevo. Ese despertar de mi situación colonial, de mi crecimiento en México, me había llevado a entender el significado de la pregunta acerca de que si “existía” una cultura latinoamericana. Era como preguntarme —y replantearme— si toda la serie de sensaciones, actos poéticos, amores y demás aristas estéticas y humanas en las que viví toda mi vida habían existido hasta ese momento, si tenía el derecho a ser yo mismo o se me negaba tal condición. Hoy en día no me queda más que agradecer tan brillante e ilustrativo ensayo que vino a consumir una etapa decisiva en la larga tradición de tempestades infinitas que han asolado nuestros pueblos yendo “más allá” a lo largo y ancho, de ida y vuelta, de norte a sur y de sur a norte, por las lacerantes y heroicas fronteras de nuestra América. ☒

---

**Tomás Ramos Rodríguez** (Mérida, Yucatán, 1976-2021). Escritor e investigador mexicano. Licenciado en Literatura Latinoamericana por la Universidad Autónoma de Yucatán. Maestro y Doctor en Literatura y Estudios Culturales por la Universidad de Arizona, EUA. Obtuvo el Primer Premio Estatal de Poesía Jorge Lara 2002. Fue investigador en la Casa de la Historia de la Educación en Mérida y profesor en la Licenciatura de Lenguas y Literaturas Modernas en la Universidad Modelo. Esta ponencia que aquí publicamos fue presentada en la Casa de las Américas, La Habana, el 20 de abril de 2011. Lamentablemente, falleció el mes de abril de 2021 debido a la pandemia, lo cual hemos sentido mucho sus amigos de *Archipielago*.

<sup>12</sup> Ricardo Aguilar Melantzón, *Que es un soplo la vida: trilogía de la frontera*, México, Eón, 2003.

<sup>13</sup> Cf. Gloria Anzaldúa, *Borderlands/La Frontera, The New Mestiza*, San Francisco, Aunt Lute Books, 1999; y Cherrie Moraga y Ana Castillo, *This Bridge Called My Back. Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*, San Francisco, ISM Pr., 1988.

<sup>14</sup> Cf. Ángel Rama, *Transculturación narrativa en América Latina*, México, Siglo XXI, 1989.